



Seix Barral Los Tres Mundos

Salman Rushdie

Los lenguajes de la verdad

Traducción del inglés por
Javier Calvo y Aurora Echevarría

PRIMERA PARTE

RELATOS MARAVILLOSOS

1

Antes de que existieran libros, existían las historias. Al principio las historias no estaban escritas. A veces incluso se cantaban. Nacían niños, y antes de que supieran hablar, sus padres les cantaban canciones; una canción sobre un huevo que se caía de una tapia, por ejemplo, o sobre un niño y una niña que subían una colina y se caían de ella. A medida que crecían, los niños empezaron a pedir historias casi tan a menudo como pedían comida. Ahora había una gallina que ponía huevos de oro, o un niño que vendía a la vaca de la familia por un puñado de habichuelas mágicas, o un conejo travieso que se colaba en las tierras de un granjero peligroso. Los niños se enamoraron de esas historias, y pedían oír las una y otra vez. Luego crecieron y encontraron aquellas historias en libros. Junto con otras historias que no habían oído nunca, como la de una niña que se caía por la madriguera de un conejo, o la de un oso viejo y tonto y un cerdito miedica y un burro de lo más lúgubre, o la de una cabina mágica, o la de un lugar donde vivían los monstruos. Oían histo-

rias y las leían y se enamoraban de ellas: la de Mickey en las cocinas de noche, rodeado de aquellos panaderos mágicos que se parecían todos a Oliver Hardy, y la de Peter Pan, que creía que la muerte sería la aventura más grande de todas, y la de Bilbo Bolsón, que estando bajo una montaña ganaba un concurso de adivinanzas contra una extraña criatura que había perdido su tesoro, y el acto de enamorarse de las historias despertaba algo en los niños que los nutriría durante todas sus vidas: la imaginación.

Los niños se enamoraban de las historias con facilidad y también vivían en las historias; inventaban historias a diario para jugar, asaltaban castillos y conquistaban países y navegaban el mar azul, y de noche sus sueños estaban llenos de dragones. Ahora eran todos narradores: ya no solo recibían las historias, sino que también las creaban. Pero seguían creciendo y poco a poco se les empezaban a caer las historias, que terminaban guardadas en cajas en el desván, y a los antiguos niños cada vez les costaba más contar y escuchar historias, les costaba más enamorarse de ellas. A algunos de ellos les comenzaron a parecer irrelevantes, innecesarias: cosas de niños. Eran gente triste, y tenemos que compadecernos de ellos y tratar de no considerarlos unos filisteos desgraciados estúpidos y aburridos.

Estoy convencido de que los libros y las historias de las que nos enamoramos nos hacen quienes somos, o bien, para no hacer afirmaciones demasiado grandilocuentes, que el acto de enamorarse de un libro o de una historia nos cambia de alguna forma, y que esa historia que amamos se convierte en parte de nuestra imagen del mundo, en parte de nuestra forma de entender las cosas y formular juicios y tomar decisiones en nuestras existencias dia-

rias. De adultos nos cuesta más enamorarnos, y quizá terminamos apenas con un puñado de libros que podemos decir realmente que amamos. Quizá por eso tomamos tantas decisiones equivocadas.

Y tampoco se puede asegurar que ese amor sea incondicional ni eterno. Puede suceder que un libro deje de hablarnos cuando nos hacemos mayores, o que nuestros sentimientos por él se disipen. O quizá de pronto, a medida que cobran forma nuestras vidas y con suerte aumenta nuestro entendimiento de las cosas, podamos apreciar un libro que no nos gustaba antes; quizá de repente podamos oír su música, quedar embelesados por su canto. Cuando, estando en la universidad, leí por primera vez la gran novela de Günter Grass *El tambor de hojalata*, no conseguí terminarla. La dejé diez años olvidada en una estantería hasta que le di una segunda oportunidad, y entonces se convirtió en una de mis novelas favoritas de todos los tiempos: uno de los libros que diría que amo. Es interesante hacerse esa pregunta a uno mismo: ¿cuáles son los libros que amas realmente? Pruébenlo. La respuesta les dirá mucho acerca de quiénes son en el momento presente.

Crecí en Bombay, la India, en una ciudad que ya no se parece en nada a la ciudad que fue en el pasado y que incluso se ha cambiado el nombre por el mucho menos eufónico Mumbai, en una época tan distinta del presente que parece imposiblemente remota, incluso fantástica: una versión sacada de la vida real de la mítica edad de oro. La infancia, tal como nos recuerda A. E. Housman en «La tierra del contenido perdido», a menudo también llamado «Colinas azules recordadas», es el país al que todos pertenecemos un día y que terminaremos perdiendo:

*A mi corazón llega un aire moral
procedente de una tierra remota:
¿qué son esas colinas azules recordadas,
qué agujas, qué granjas son esas?*

*Es la tierra del contenido perdido,
veo el resplandor de su llano,
los felices caminos por donde fui
y por donde ya no puedo volver.*

En aquel remoto Bombay, las historias y los libros que me llegaban de Occidente me resultaban realmente maravillosos. «La reina de las nieves» de Hans Christian Andersen, con sus esquirlas de espejo mágico que se le metían a la gente en la sangre y les convertían los corazones en hielo, resultaba todavía más aterrador para un niño de los trópicos, donde el único hielo estaba en la nevera. «El traje nuevo del emperador» era especialmente gratificante para un niño que crecía justo después de acabarse el Imperio británico. Y *Huckleberry Finn* resultaba irresistible para un niño de Bombay por la extraordinaria libertad de movimientos de su héroe, aunque yo no entendía por qué, si el esclavo fugitivo Jim estaba intentando escaparse del mundo de la esclavitud y llegar al norte, donde la gente no tenía esclavos, se echaba con una balsa a las aguas del Misisipi, que fluía hacia el sur.

Quizá las historias de otros lugares siempre nos parezcan cuentos de hadas, y ciertamente es uno de los grandes prodigios de la literatura el hecho de que nos abra tantos «otros lugares», desde el mundo submarino de la Sirenita hasta la tierra de Oz de Dorothy, y los haga nuestros. Pero para mí los verdaderos relatos maravillosos

quedaban más cerca, y siempre he creído que mi gran fortuna como escritor fue crecer inmerso en ellos.

Algunos de aquellos relatos tenían un origen sagrado, aunque, como crecí en un hogar laico, los pude recibir simplemente como bellas historias. Eso no quiere decir que no creyera en ellas. Cuando leí el *Samudra manthan*, la historia de cómo el gran dios Indra batió la Vía Láctea, usando el legendario monte Mandara como palo para remover, a fin de obligar al océano gigante de leche del cielo a entregar su néctar, el *amrita*, el néctar de la inmortalidad, empecé a ver las estrellas de una forma nueva. En aquellos tiempos imposiblemente antiguos, mi infancia, antes de que la polución lumínica hiciera que la mayoría de las estrellas resultaran invisibles para los habitantes de las ciudades, un niño en un jardín de Bombay todavía podía levantar la vista al cielo nocturno y oír la música de las esferas y ver allí con placer humilde la gruesa franja de la galaxia. Y ahora me la imaginaba goteando néctar mágico. Quizá si abría la boca me caería una gota dentro y entonces también sería inmortal.

Esa es la belleza del relato maravilloso y de su descendiente, la narrativa: que uno puede saber de forma simultánea que la historia es producto de la imaginación, es decir, *falsa*, y creer que contiene una verdad profunda. Los límites entre lo mágico y lo real, en esos momentos, dejan de existir.

Mi familia no era hindú, pero sí que nos creíamos también dueños de los grandes relatos del hinduismo. El día del festival anual del Ganpati, cuando unas multitudes enormes llevaban efigies del dios Ganesh hasta la orilla de Chowpatty Beach para sumergir al dios en el mar, yo sentía que Ganesh también me pertenecía. Más que un miembro del panteón de una fe «rival», me parecía un

símbolo de alegría colectiva y, sí, de la unidad de la ciudad. Cuando me enteré de que Ganesh tenía tanto amor a la literatura que se había sentado a los pies del Homero de la India, el sabio Vyasa, y había sido el escriba que plas-maba la gran epopeya del *Mahabharata*, pasó a pertenecerme de forma todavía más profunda, y cuando crecí y escribí una novela sobre un chaval llamado Saleem que tenía una nariz desacostumbradamente grande, me pareció natural, por mucho que Saleem viniera de una familia musulmana, asociar al narrador de *Hijos de la medianoche* con el más literario de los dioses, que también tenía una nariz enorme en forma de trompa. Hoy en día, la indistinción entre culturas religiosas que reinaba en aquel viejo y genuinamente laico Bombay ya parece un elemento más de los que dividen el pasado del amargo, asfixiado, censurado y sectario presente de la India.

El *Mahabharata* y su secuaz, el *Ramayana*, dos de los relatos maravillosos más largos que han existido nunca, siguen vivos en la India, vivos en las mentes de los indios y relevantes para sus vidas diarias, de la misma forma en que hubo un tiempo en que los dioses de los griegos y los romanos estuvieron vivos en las imaginaciones occidentales. Hubo un tiempo, y no tan remoto, en que en las tierras de Occidente podrían haber aludido a la historia de la túnica de Neso y la gente habría sabido que el centauro moribundo Neso engañó a Deyanira, esposa de Heracles o Hércules, para que le regalara su túnica a su marido, sabiendo que estaba envenenada y que lo mataría. Hubo un tiempo en que todo el mundo sabía que, después de morir Orfeo, el más grande de todos los poetas y cantores, su cabeza cercenada siguió cantando. Esas imágenes y muchas otras estaban disponibles en forma de metáforas para ayudar a la gente a entender el mundo. El arte no

muere cuando muere el artista, decía la cabeza de Orfeo. La canción sobrevive al que la canta. Y la túnica de Neso nos advertía de que hasta los regalos más especiales podían ser peligrosos. Otro de esos regalos, por supuesto, era el caballo de Troya, que nos enseñó a todos a temer a los griegos, incluso cuando traían regalos. Hay metáforas sacadas de los relatos maravillosos de Occidente que sí se las han apañado para sobrevivir.

Pero en la India, cuando yo era chaval, los relatos maravillosos estaban todos vivos, y lo siguen estando. Hoy en día ni siquiera hace falta leer el texto entero del *Ramayana* ni el del *Mahabharata*; habrá quien se alegre de esta noticia, porque el *Mahabharata* es el poema más largo de la literatura mundial, con más de doscientos mil versos, es decir, diez veces más largo que la *Iliada* y la *Odisea* juntas, mientras que el *Ramayana* llega a los cincuenta mil versos, o sea, solo dos veces y media la longitud combinada de las obras de Homero. Por suerte para los lectores jóvenes, la inmensamente popular serie de cómics *Amar Chitra Katha*, «historias inmortales ilustradas», ofrece adaptaciones de calidad de varios relatos sacados de ambos. Y para los adultos, una versión televisiva de noventa y cuatro episodios del *Mahabharata* paralizó al país entero todas las semanas cuando se emitió por primera vez en la década de 1990 y llegó a cientos de millones de espectadores.

Hay que admitir que la influencia de estos relatos no siempre es positiva. La política sectaria de los partidos nacionalistas hindúes como el BJP usa la retórica del pasado para fantasear con un retorno del «Ram Rajya», el «reinado de Lord Ram», una supuesta edad de oro del hinduismo exenta de ese inconveniente que son los miembros de otras religiones y que tanto complican las cosas.

La politización del *Ramayana*, y del hinduismo en general, se ha convertido en un peligro en manos de líderes sectarios sin escrúpulos. El ataque al libro *The Hindus* —obra de erudición consumada, escrita por una de las principales especialistas en sánscrito del mundo, Wendy Doniger—, y la lamentable decisión que tomó Penguin India de retirar de la circulación su tirada y reducirla a pulpa como respuesta a las críticas de los fundamentalistas, es una ilustración clara de ese hecho.

Pero los problemas también pueden extenderse más allá de la política. En algunas versiones tardías del *Ramayana*, el exiliado Lord Ram y su hermano Lakshman dejan sola un día a Sita en su morada del bosque mientras se van a cazar un ciervo dorado, sin saber que en realidad el ciervo es un *rakshasa*, una especie de demonio disfrazado. A fin de proteger a Sita durante su ausencia, Lakshman traza una *rekha*, o línea encantada, en torno a su casa; cualquiera que intente cruzarla y que no sea Ram, Lakshman o Sita arderá presa de las llamas que brotarán de la línea. Pero el rey demoniaco Ravana se disfraza de mendigo y llama a la puerta de Sita para pedirle limosna, y ella cruza la línea para darle lo que pide. Así es como Ravana la rapta y se la lleva prisionera a su reino de Lanka, obligando a Ram y a Lakshman a ir a la guerra para recuperarla. «Cruzar la *rekha de Lakshman*» se ha convertido en metáfora de cruzar los límites de lo permisible o correcto, de ir demasiado lejos, de sucumbir como un tonto a la iconoclastia y provocar consecuencias funestas para uno mismo.

Hace unos años tuvo lugar en Delhi el tristemente célebre asalto y violación en grupo de una estudiante de veintitrés años, que murió como resultado de sus horribles heridas. Pocos días después de este espantoso aconteci-

miento, un ministro del Estado comentó que si la joven en cuestión no hubiera «cruzado la *rekha de Lakshman*» —en otras palabras, si no hubiera cogido un autobús con un amigo de noche en vez de quedarse recatadamente en casa—, no habría sufrido el ataque. Más adelante retiró el comentario, movido por la indignación pública que suscitó, pero su uso de la metáfora reveló que todavía hay muchos hombres en la India que creen que existen límites y demarcaciones que las mujeres no deben transgredir. Hay que decir que la historia de la *rekha de Lakshman* no se encuentra en la mayoría de las versiones tradicionales del *Ramayana*, incluida la original del poeta Valmiki. No obstante, un relato maravilloso apócrifo puede ser igual de potente que uno canónico.

Quiero regresar, sin embargo, a aquel niño embelesado por unos relatos cuyo propósito único y manifiesto era el embeleso. Quiero pasar ahora de las grandes epopeyas religiosas a la enorme reserva de cuentos groseros, confabuladores, misteriosos, emocionantes, cómicos, grotescos, surrealistas y muy a menudo extremadamente sensuales que alberga el resto de la tradición oriental, porque —y no solo por esto, pero sí en gran medida— muestran todo el placer que se puede extraer de la literatura en cuanto sacamos a Dios de escena. Una de las características más notables de los relatos hoy reunidos en *Las mil y una noches*, por poner un simple ejemplo, es la ausencia casi total de religión. Hay mucho sexo, travesuras y un montón de engaños; hay monstruos, genios y pájaros roc gigantes; en ocasiones, abundan la sangre y las vísceras; pero Dios no está por ningún lado. Por eso el libro les gusta tan poco a los censores islamistas.

En mayo de 2010, en Egipto, solo siete meses antes de la revuelta contra el presidente Hosni Mubarak, un grupo

de abogados islamistas se enteró de que acababa de aparecer una edición nueva de *Alf Laylah wa-Laylah* (el título original árabe del libro) y puso un pleito exigiendo que se retirara de la circulación la edición y se prohibiera el libro, porque era «una llamada al vicio y el pecado» y contenía abundantes referencias sexuales. Por suerte, no lo consiguieron, y poco después llegaron asuntos más importantes que ocuparon la atención de los egipcios. Pero la cuestión es que tenían razón. Es cierto que el libro contiene abundantes referencias sexuales, y que los personajes parecen mucho más preocupados por tener relaciones sexuales que por ser devotos, y eso puede constituir, tal como afirmaban aquellos abogados, una llamada al vicio, si esa es la forma puritana y retorcida en que uno ve el mundo. En mi opinión, esa llamada al vicio es excelente y vale la pena acudir a ella, pero se entiende que moleste a una gente que odia la música, la broma y el placer. Es genial que ese texto tan antiguo, ese extraordinario conjunto de relatos maravillosos, conserve el poder de molestar a los fanáticos del mundo más de mil doscientos años después de que vinieran al mundo sus historias.

El libro que hoy en día llamamos habitualmente *Las mil y una noches* no se originó en el mundo árabe. Su origen más probable es la India; a los compendios de relatos de la India les gustan las historias marco, los relatos dentro de otros relatos estilo matrioskas, y las fábulas con animales. En algún momento del siglo VIII, estos relatos llegaron a la lengua persa, y de acuerdo con las escasas informaciones que sobreviven, la compilación adoptó el hombre de *Hazar Afsaneh*, «millar de historias». Hay un documento escrito en Bagdad en el siglo X que describe el *Hazar Afsaneh* y menciona su historia marco, la de un rey

malvado que mata a una concubina cada noche hasta que una de esas esposas condenadas consigue postergar su ejecución a base de contarle historias. Es la primera mención existente del nombre *Scheherezade*. Por desgracia, no sobrevive ni un solo ejemplar del *Hazar Afsaneh*. Se trata del gran «eslabón perdido» de la literatura mundial, un volumen legendario a través del cual los relatos maravillosos de la India viajaron al oeste para terminar encontrándose con la lengua árabe y convirtiéndose en *Las mil y una noches*, un libro que tiene muchas versiones y ninguna forma canónica aceptada, y después continuar hasta Occidente, primero a Francia, con la versión del siglo XVIII de Antoine Galland, que añadió una serie de relatos no incluidos en la versión árabe, como los de «Aladino y la lámpara maravillosa» y «Alí Babá y los cuarenta ladrones». Y del francés los relatos pasaron al inglés, y del inglés viajaron a Hollywood, que es un idioma propio, y allí ya todo fueron alfombras voladoras y Robin Williams haciendo de genio. (Vale la pena señalar, por cierto, que en la versión árabe de *Las mil y una noches* no hay alfombras voladoras. Sí las hay en otras partes de la tradición oriental. Por ejemplo, existe la leyenda de que el rey Salomón poseía una que podía cambiar de tamaño y hacerse lo bastante grande como para transportar a un ejército entero: la primera fuerza aérea del mundo. Pero en *Las mil y una noches* todas las alfombras permanecen pasivas e inertes.)

Esta gran migración de narraciones ha servido de inspiración para gran parte de la literatura mundial, hasta llegar al realismo mágico de los fabulistas sudamericanos, de tal manera que, cuando yo también uso algunos de sus recursos, tengo la sensación de estar cerrando un círculo y devolviendo esa tradición narrativa al país en el que se ori-

ginó. Aun así, lamento la pérdida del *Hazar Afsaneh*, que, si se redescubriera, completaría la historia mundial de las narraciones, y menudo hallazgo sería. Quizá resolvería un misterio que se encuentra en el corazón mismo de la historia marco, o, mejor dicho, en su final, y respondería una pregunta que llevo años haciéndome: ¿acaso Scheherezade y su hermana Dunyazad terminaron, después de más de mil y una noches, convirtiéndose en asesinas y matando a sus maridos sedientos de sangre?

Confieso que lo primero que me atrajo de *Las mil y una noches* fue ese aspecto sanguinario de la historia marco. Hagamos un pequeño cálculo.

¿A cuántas mujeres mataron aquel rey, el tal Shariar, monarca sasánida de «la isla o península de la India y China», y su hermano Shah Zaman, soberano de la bárbara Samarcanda? Todo empezó, o eso cuenta la historia, cuando Shah Zaman encontró a su esposa en brazos de un cocinero de palacio, cuyos rasgos principales eran: (a) ser negro, (b) ser enorme, y (c) estar cubierto de grasa de la cocina. A pesar de estos rasgos, o quizá gracias a ellos, estaba claro que la reina de Samarcanda se lo estaba pasando demasiado bien, de manera que Shah Zaman los cortó a ella y a su amante en pedacitos, los dejó en el lecho de sus placeres y puso rumbo a casa de su hermano, donde, poco después, avistó a su cuñada, la reina de Shariar, en un jardín, junto a una fuente, acompañada de diez sirvientas y diez esclavos blancos. Las diez y los diez estaban ocupados gratificándose entre sí; la reina, sin embargo, invocó a su propio amante haciéndolo bajar de un árbol cercano. Aquel repulsivo individuo era, sí, (a) negro, (b) enorme, y (c) ¡sudoroso! ¡Cómo se divertían, las diez con los diez y la reina con su amante negro! ¡Oh, la malicia y alevosía de las mujeres, y la inexplicable atrac-

ción de los feos, enormes y húmedos hombres negros! Shah Zaman le contó a su hermano lo que había visto, tras lo cual las sirvientas, los esclavos blancos y la reina encontraron la muerte, ejecutados personalmente por el primer ministro de Shariar, su visir (o *wazir*). El amante negro «sudoroso» de la difunta reina de Shariar debió de huir; si no, ¿cómo se explica su ausencia de la lista de muertos?

El rey Shariar y Shah Zaman se vengaron como era debido de las impías mujeres. Durante tres años se dedicaron cada uno de ellos a casarse cada noche con una virgen nueva, desflorarla y ordenar su ejecución. No está claro cómo llevó a cabo Shah Zaman de Samarcanda su sanguinaria labor, pero de los métodos de Shariar sí nos han llegado cosas. Se sabe, por ejemplo, que el visir —el padre de Scheherezade y sabio primer ministro de Shariar— fue obligado a llevar a cabo las ejecuciones en persona. Todos aquellos hermosos cuerpos jóvenes, decapitados; todas aquellas cabezas rodando y cuellos manando chorros de sangre. El visir era un caballero culto, no solo poderoso, sino también provisto de discernimiento e incluso de una sensibilidad delicada; ¿acaso no tenía que serlo para haber criado a semejante prodigio, a una hija de tan maravillosos dones y habilidades múltiples, generosa y provista de tan heroica valentía como Scheherezade? Y también a Dunyazad; no nos olvidemos de la hermana pequeña Dunyazad. Otra chica buena, lista y gentil. ¿Qué efecto debió de tener en el alma del padre de aquellas buenas chicas el verse obligado a ejecutar a cientos de mujeres jóvenes, a degollar a aquellas muchachas y ver escaparse su savia vital? ¿Qué rabia secreta debió de florecer en su interior oculto? Sí sabemos, sin embargo, que los súbditos de Shariar empezaron a tenerle un resentimi-

miento tremendo y a huir de la capital con sus mujeres, hasta el punto de que al cabo de tres años ya no quedaban vírgenes en la capital.

No quedaban más vírgenes que Scheherezade y Dunyazad.

Tres años ya: mil noventa y cinco noches, mil noventa y cinco reinas asesinadas por Shariar y mil noventa y cinco más por Shah Zaman, o bien mil noventa y seis por cabeza si uno de los años era bisiesto. Pero redondeemos a la baja. Digamos mil noventa y cinco cada uno. Y no nos olvidemos de las veintitrés víctimas originales. Para cuando entra en escena Scheherezade, casándose con el rey Shariar y ordenando a su hermana, Dunyazad, que se siente al pie del lecho conyugal y que pida, tras completarse su desvirgamiento, un cuento para irse a dormir... Para entonces, Shariar y Shah Zaman ya eran responsables de dos mil doscientas trece muertes. Y solo once de las víctimas eran hombres.

Tras casarse con Scheherezade y quedar cautivado por sus historias, Shariar dejó de matar a mujeres. Shah Zaman, al no ser domesticado por la literatura, continuó con su venganza, matando cada mañana a la virgen a la que había violado la noche anterior, demostrándole al sexo femenino el poder de los hombres sobre las mujeres, la capacidad de los hombres para separar la fornicación del amor, y la unión inevitable, por lo que respectaba a las mujeres, entre sexualidad y muerte. En Samarcanda, la carnicería continuó por lo menos durante mil y una noches más, porque no fue hasta concluir el ciclo entero de relatos de Scheherezade cuando la mayor narradora que ha habido nunca pidió ser perdonada, no en reconocimiento a su genialidad, sino por el bien de los tres hijos que le había dado a Shariar durante aquellos años legendarios, y hasta que Shariar con-